II

LAS DOS AMIGAS.

APOSTARIA á que esos dos jóvenes que hace algun tiempo nos siguen á todas partes y frecuentan tanto esta calle, pretenden tener una aventura con nosotras.

—Tal vez, Magdalena; pero no atino cuál será la eleccion de cada uno de ellos.

—Mira, Amparo; yo creo que aquel que en este momento detiene á uno que pasa para pedirle la lumbre, te dirige sus miradas, y el otro á mí las suyas. Mas á decirte verdad, creo que

el primero me interesa mas de lo que yo podia haberme imaginado. Ya ves que te hablo sin reserva: dime ahora tú lo que sientes.

—No hemos pensado de un mismo modo en esta ocasion. A tí es á quien prefiere el que crees se fija en mí, y así el otro por el contrario; pero Magdalena, perdóname si te digo que aun mas que á tí, me interesa el mismo que ha llamado tu atencion.

—No será motivo de enojo entre nosotras. El tiempo aclarará nuestras dudas, y, sea lo que fuere, nuestra amistad será siempre la misma.

—¿Quiénes serán? ¿Cuáles son sus antecedentes, qué proyectos abrigarán? Yo jamas recuerdo haberlos visto antes. Hace un mes que los hallamos en las *cadenas*, al salir de Catedral, y esto es todo. Nadie ha podido darme razon de ellos.

—Esa idea me desconsuela; serán acaso dos infelices que nada poseen y que no tienen representacion alguna en nuestra sociedad, que es tan exigente; de manera que caeriamos en un ridículo espantoso, si llegáramos á contraer relaciones con nuestros desconocidos.

—Escucha, Magdalena; pienso que esos dos jóvenes han de llegar á influir demasiado en

nuestra vida. Tengo un secreto presentimiento que me lo dice.

—Muy fácil es olvidar, cuando aun no se ha encendido en nuestro pecho esa llama que todo lo consume. Conviene, pues, que averigüemos lo necesario acerca de ambos; y si sus circunstancias los alejan de nosotras, no volveremos á pensar mas en ellos.

—Temo mucho que se cumplan mis presentimientos!

—Gracias á Dios, han desaparecido! entremos, y combinemos juntas el medio mejor de descifrar este enigma.

La conversacion que acabamos de referir tuvo lugar una tarde del mes de Mayo de 1864, en un balcon de una casa de la calle de***

Describiremos á las que así hablaron.

Amparo y Magdalena, como es fácil comprender por lo que antecede, eran dos amigas ligadas estrechamente, y entre las cuales no habia un solo secreto. La primera era una graciosa rubia, de talle esbelto, y de voz dulce y cariñosa. En sus ojos azules se adivinaba un corazon tierno y sensible, y en toda ella habia ese mágico encanto de la simpatía, que todo lo embellece.

Amparo no era una de esas bellezas que cau-

tivan; pero era simpática como ninguna. Tendria entonces diez y ocho años. La segunda era una de esas beldades que solemos encontrar en nuestro camino, y que nos hacen esperar con fé el cielo, de donde parece que han bajado para recibir la adoracion de cuantos tienen la dicha, ó desventura, no lo sabemos, de mirarlas. La mano de Dios se habia recreado en Magdalena. Su frente blanca contrastaba con las rosas de sus mejillas, y sus brillantes ojos, negros como sus cabellos, ó mas bien como el porvenir del que la amase sin esperanza, tenian una expresion divina, y denunciaban una alma llena de fuego y de animacion. Los labios de Magdalena no tenian rival; Luis Ortiz no les consagraba uno de sus espléndidos sonetos, tal vez porque pensaba que merecian un poema destinado á cantar los triunfos de aquel nido del amor. Era, en una palabra, un ángel.

Amparo y Magdalena estaban la mayor parte del tiempo, juntas. Tenian en la sociedad una posicion ventajosa, y esto les proporcionaba ocasion de lucir en los bailes, en el teatro y en los paseos. Aunque educadas bajo unos mismos principios, habia una diferencia notable en sus caractéres. Magdalena era orgullosa, y habia de sofocar los latidos de su corazon al sen-

tirse enamorada de un hombre que no figurase en los primeros círculos de la sociedad; le agradaba eso que llaman en el gran mundo galantería de los salones, porque allí su amor propio se sentia satisfecho. Magdalena era, sin embargo, de índole noble y generosa, y solo á la educacion que habia recibido podian atribuirse los defectos que hemos ligeramente apuntado; y necesario es advertirlo: á pesar de haber tenido muchos adoradores, aun no habia amado con ese amor que decide nuestro porvenir y hace de la vida un cielo, ó la convierte en un mar de dudas y tormentos.

Amparo era una mujer toda alma, toda sentimiento; olvidaba las preocupaciones de su amiga, oia sin cuidado las frases vanas de la lisonja, y comprendia que su corazon necesitaba amar y ser amado; pero no con ese amor que mienten los galanteadores de oficio tan pronto como encuentran una oportunidad, sino con ese amor que se lee en los ojos del sér querido, y que no necesita declararse en un billete perfumado, ni quiere ostentarse en los salones, como la mayor parte de esos amores vulgares que forman la ocupacion de muchos *elegantes*, cuyo timbre mayor es que las coquetas los tengan por su último capricho. No, Amparo no era

del número de esas mujeres, que hallan en el amor un juguete; Amparo era una de esas almas que por desgracia escasean hoy tanto.

Oigamos, por un momento, el diálogo que siguió al que llevamos referido. No habrán olvidado los lectores, que trataban de buscar un medio para saber quiénes eran aquellos jóvenes que las seguian á todas partes.

—He notado, decia Magdalena á su amiga, que ellos no van ni al teatro, ni á los bailes, y solo frecuentan los paseos y el templo. Seguramente.....

Amparo, no queriendo oir de los labios de su amiga una sola frase que empequeñeciese al hombre que iba ya despertando los latidos de su pecho, la interrumpió diciendo:

—La pobreza es sagrada, si la dignidad la acompaña. No sabemos nosotras los motivos que tendrán para no concurrir á esos espectáculos; pero el único que podemos señalar, casi con certeza, es el carecer de recursos para verificarlo.

—Si llegara á persuadirme de eso.....

—Magdalena! Magdalena! exclamó Amparo, comprendiendo anticipadamente el pensamiento de aquella; ¿acaso al corazon se le hacen ver las conveniencias sociales? Si llegaras

á enamorarte, lo olvidarias todo por el hombre á quien amase tu corazon. No puedes imaginarte lo que sufro cuando considero que la educacion que has recibido y la sociedad que has frecuentado, te han hecho un tanto altiva ó orgullosa; porque no has cuidado de examinar la injusticia que encierran casi todas esas máximas egoistas con que nos educan. Perdóname, amiga mia; quiero evitarte muchas penas; no quiero que llegue un dia en que tengas que llorar. Hoy no estás impresionada, lo creo; pero no lo olvides, en breve sentirás una pasion que en vano querrás arrancar de tu pecho. Magdalena! ese jóven es sin duda un pobre, y tus preocupaciones sociales le apartarán de tu camino, cuando ese amor que hoy comienza á nacer sin comprenderlo tú misma, sea la necesidad mas imperiosa de tu alma; cuando sueñes un amor que dulcifique y encante las horas de tu vida. El círculo de tus adoradores, Magdalena, lo forma esa juventud superficial y vana, en la que no se encuentra un rasgo solo que revele la grandeza del alma; juventud que si perdiera el barniz del oro.....

—Sí, Amparo, tú no te equivocas, tal es el estado de nuestra juventud; pero en cuanto á lo demas, yo no estoy enamorada; y para evitar

que llegue ese trance, te ruego que no volvamos á ocuparnos de este asunto.

Amparo varió la conversacion.

¿Qué pasaba en el alma de esta última? Tenia fé en las palabras de su amiga? Los acontecimientos que vamos á referir, os darán á conocer todo eso.

Abandonémoslas por algun tiempo, y digamos algo acerca de aquellos dos jóvenes.

III

ARTURO Y LUIS.

Arturo y Luis eran dos amigos inseparables, así como lo eran Amparo y Magdalena. Luis, nacido en Guadalajara y crecido allí, habia recibido una educacion, si no del todo esmerada, al menos bastante para hacerlo digno del aprecio de cuantos le trataban. A su porte agradable reunia una finura exquisita y una amabilidad bien distinta de esa estudiada complacencia bajo la cual ocultan muchos su carácter real y sus instin-